

Descartes ⁽¹⁾

I. El Renacimiento y Descartes. — II. La duda metódica. — III. El principio "Yo pienso, luego existo". — IV. La existencia de Dios. — V. La esencia del alma en el pensamiento. — VI. La esencia de los cuerpos en la extensión. Teoría mecanicista del universo y de los animales. — VII. Consecuencias.

EL RENACIMIENTO Y DESCARTES

Durante la época del escolasticismo (siglo V a Bacon) pueden distinguirse tres períodos: en el 1.º (siglo V al XII) la filosofía se subordina a la teología; en el 2.º (siglo XIII al XV) la filosofía es aliada de la teología, y en el 3.º (siglo XV) la filosofía se separa poco a poco de la teología.

Toda la especulación escolástica se resuelve en un juego de conceptos sin recurrir a los hechos reales. No se busca la verdad, ésta ha sido dada por revelación. Graves errores persistían a través de los años y el salir de ellos costó inmensos dolores y cruentas inmoluciones. El adelanto de Europa en organización social influyó en los espíritus progresistas y empezaron a manifestarse nuevas tendencias intelectuales acompañadas de una fuerte reacción contra la filosofía de Aristóteles que aún persistía ejerciendo su dominadora influencia. La multiplicación y difusión de las obras clásicas, trabajo principal de la escolástica, del cual era un sacrilegio el dudar, empezó a disminuir y, las universidades creadas por los sacerdotes medioevales, como la Sorbonne de París, la de Oxford, Cambridge y Toulouse, y las escuelas médicas de Salerno y Mont-

(1) Apuntes del curso de Historia de la Filosofía, dictado por el Dr. Alejandro Korn.

pellier no pudiendo sustraerse a la corriente de progreso tuvieron que abandonar poco a poco la rutina de sus métodos subjetivos.

El nominalismo condenado por la Iglesia, el empirismo de Roger Bacon, y el misticismo que llega a la conclusión de que todo el trabajo escolástico es superfluo, son los grandes enemigos de la escolástica que, al procurar su derrumbe preparan los pródromos de una nueva época. Las escuelas peripatéticas tenían dos puntos débiles que fueron atacados duramente a fines del siglo XV y principios del XVI cuando la afición a las matemáticas y ciencias naturales y el amor a la literatura, llevado algunas veces a la exageración metafórica, reaccionaron contra la monotonía de la forma en estilo y lenguaje, y contra el desinterés por las matemáticas y ciencias naturales. La filosofía escolástica que de suyo era sùtil, fué degenerando y confundiéndose en las diversas escuelas. Estudios inútiles, superfluos y extravagantes consumían los días sin provecho alguno momentáneo, pero la gimnástica intelectual debió aguzar las inteligencias porque la reacción fué demolidora y estupenda. La escolástica presentía su próxima ruina.

La toma de Constantinopla por los turcos arroja hacia occidente una falange de sabios fugitivos que traen en su espíritu las doctrinas de Platón, Parménides, Epicuro, Demócrito y muchos otros más. Lorenzo de Vallaca en Italia, Ramus en París, Paracelso combinando la química y la teología con el fanatismo cabalístico; los eclesiásticos Cardano y Angel Policiano; el genial Vives y Erasmo de Rotterdam propagando las letras; Telesio y Berigardo resucitando la escuela jónica; los platónicos en Florencia, y Jordano Bruno, iniciaron el asedio de la escolástica inaugurando la revolución intelectual más grande que registra la historia.

La reforma heliocéntrica de Keppler y Copérnico influye en el espíritu de Jordano Bruno, quién ocupa un lugar excepcional dentro de la época en que actúa. Su obra es una serie de intuiciones idealistas y panteistas del universo, derivadas de la influencia platónica y de la operada por el estudio de la cosmología. Los astros, imagina Bruno, son otros tantos mun-

dos como el nuestro, desalojando así el Dios antropomorfo que solo se ocupa de la tierra. Hasta entonces dominaba la teoría cosmológica de Aristóteles para quién solo habían unas cuantas esferas: debajo de la luna, decía, reina la energía, más allá la calma, lo ideal, lo olímpico. Jordano Bruno lanza la idea del universo infinito. La teoría de Tolomeo es negada por Copérnico; los sentidos nos engañan, la tierra se mueve. Esta afirmación da lugar a la persecución de que fué víctima 100 años más tarde Galileo; todavía en el siglo XVIII no se habían desvanecido los viejos prejuicios. Los escépticos que reaparecen con los pitagóricos, platónicos, epicúreos y jónicos, son reforzados con las nuevas teorías geocéntricas y antropocéntrica.

El movimiento europeo empezado en la época de las cruzadas es llevado a proporciones gigantescas con la invención de la imprenta por Gutenberg, pues, sin ella no habrían podido repercutir los grandes acontecimientos que señalan el punto de partida de la Edad Media entre los siglos XV y XVI.

Los límites geográficos se ensanchan con los viajes de Marco Polo y la serie de descubrimientos que hacen los portugueses en la costa del Africa y mucho más aún con el descubrimiento del nuevo mundo por Colón.

La protección a las bellas artes por reyes, papas y príncipes aumentó el prestigio de los mismos. Cosme de Médicis, Lorenzo el Magnífico y León X se rodean de sabios y poetas. Dante, Ariosto, Guichardín, Maquiavelo en Italia; Ronsard, Marot, Rabelais, Montaigne en Francia, y Hutten en los Países Bajos llevan las letras a su mayor esplendor. Juan Van Eyck inventor de la pintura al óleo, Miguel Angel, Rafael, Leonardo da Vinci, Ticiano, Veronés y muchos más, hacen maravillas en el arte.

El rompimiento definitivo con la iglesia lo efectúa Lutero en 1520 cuando negando la eficacia de las indulgencias quema en la plaza pública de Wittenberg la bula pontificia que condenaba sus proposiciones. El derecho al *libre examen* es la gran frase con que da fin a la escolástica. Calvino llevó al último rigor las doctrinas de Lutero, proclamando el espíritu de *libertad* y la *igualdad* entre sus adeptos; así preparaba tam-

bién el triunfo de estos principios de orden moral y político. Todos estos hechos electrizaron los hombres de aquella época. La política cambiaba, el espíritu humano salía de un largo y penoso viaje de tanteo y el horizonte del mundo se ensanchaba al infinito: es la gloriosa época del Renacimiento que prepara la filosofía moderna con el advenimiento de la filosofía griega. La incapacidad de esta época de esplendor para desarrollar un sistema, la lleva a perecer rápidamente, pero deja tras sí inaugurado el derecho al *libre examen*, la emancipación no sólo dogmática sino efectiva, la libertad de trabajo y el desarrollo del individualismo. Faltó en este período brillante, un hombre sistematizador, un genio que indicara el rumbo a seguir y un punto donde pudiera apoyarse la ciencia. Esta gloria estaba reservada a un hombre emidente que debía presentar a la humanidad la doctrina y el método: ese hombre fué Descartes, hijo del Renacimiento, revolucionario de la ciencia, director y regulador de los espíritus, aunque poco feliz en sus consecuencias filosóficas.

He ahí, porqué no podíamos entrar directamente a tratar su doctrina, sin antes hacer una ligera reseña de la época en que apareció.

Descartes nació en 1596 y murió en 1650. A los 8 años fué enviado a París para iniciar sus estudios, ingresando al colegio jesuita de Fléche. Su espíritu filosófico se reveló al ahondar sus conocimientos, no tardando en darse cuenta de la imperfección de las doctrinas escolásticas. Estudió con marcada afición el Algebra y la Geometría, estudio en que sobresalió de manera asombrosa; fué afecto a la esgrima, escribiendo un tratado sobre esta materia. Sirvió en el ejército de su patria demostrando arrojo y sangre fría; publicó más tarde su Compendio Musical, sus Consideraciones sobre las ciencias y los tratados: Del Algebra, Demócrito, Experimenta, Procambula y Olimpia. Viajó por Alemania, Holanda, Flandes é Italia, se fijó en París, tomó parte en el sitio de la Rochela y por fin se trasladó a Holanda en busca de tranquilidad, donde permaneció por espacio de 20 años.

Allí fué donde escribió su célebre *Discurso sobre el método* en 1637, que publicó en francés, calculando talvez las

enormes consecuencias con que él arrastró al campo de las ideas, puesto que fué la única obra que escribió en su idioma patrio.

Entre la copiosa colección de sus libros pueden citarse: la Dióptrica, la Geometría, el Tratado de los meteoros, las Meditaciones Metafísicas (1641) con las objeciones que se le habían hecho, y las Respuestas de Descartes, Principios de Filosofía, el Tratado del Mundo y de la Luz, cuya publicación aplazó al tener noticias de la condenación de Galileo. A consecuencia de sus doctrinas, los jesuitas tramaron una serie de intrigas con el objeto de hacerlo perseguir; se aliaron con los protestantes y le declararon una guerra sin cuartel. No obstante, el filósofo continuaba su fecundo trabajo ayudado por el cardenal Mazarino de quién obtenía una pensión de 3000 libras anuales; tartaba con personas de alta aristocracia como la princesa Isabel, Pascal y Gassendi. En 1649 escribió el *Tratado de las pasiones*, Reglas para la dirección del ingenio, Pensamientos sobre la generación de los animales y los sabores, una inmensa colección de Cartas y muchas obras que se han perdido.

Dos grandes obras inuguran la filosofía moderna: el Nuevo Organon de Bacon y el Discurso Sobre el Método de Descartes.

Los puntos fundamentales del sistema cartesiano son: 1.º la duda metódica; 2.º el principio: yo pienso, luego soy; 3.º la existencia de Dios; 4.º la esencia del alma en el pensamiento; 5.º la esencia de los cuerpos en la extensión.

LA DUDA METÓDICA

A la filosofía escolástica, dogmática, sin exámen introspectivo sobre la capacidad del espíritu; deductiva y sistemática, imperativa y clásica, afirmada en la verdad revelada, cuya esencia se apoyaba en la fé y edificaba *a priori* la realidad por medio del silogismo aristotélico, se opone Descartes considerando imperfectos y privados de capacidad todos los sistemas filosóficos dominantes hasta ese momento; es así que formula su inquebrantable resolución de encerrarse en su pro-

pio espíritu y sin atender a sugestión alguna, buscar un punto donde poder apuntalar la ciencia si es que podía encontrar la verdad. El desdén que le inspiraban las escuelas reinantes, se pone de manifiesto en el siguiente párrafo: "La experiencia enseña que los que hacen profesión de filósofos son frecuentemente menos sabios que los que no se han dedicado nunca a esos estudios" (Principios de Filosofía).

Adoptando, Descartes, un temperamento escéptico empieza por poner en duda gradualmente, todo lo que hasta entonces había constituido su creencia, su verdad. Tenía que buscar otro rumbo distinto del que había seguido la humanidad, porque deseaba encontrar el punto de partida de la ciencia; él nos lo dice con suma elocuencia: "Como los sentidos nos engañan algunas veces, quise *suponer* que no había nada parecido a lo que ellos nos hacen imaginar; como hay hombres que se engañan racionando aún sobre las materias más sencillas de geometría y hacen paralogismos, juzgando yo, que estaba tan sujeto a errar como ellos, deseché por falsas todas las razones que antes había tomado por demostraciones; y considerando, en fin, que aún los mismos pensamientos que tenemos durante la vigilia, pueden venirnos en el sueño sin que ninguno de ellos sea verdadero, me resolví a *fingir* que todas las cosas que habían entrado en mi espíritu, no encerraban más verdad que las ilusiones de mis sueños" (Discurso sobre el Método, pág. IV). Con estas palabras inaugura Descartes, la total oposición a la filosofía antigua. Los escolásticos empezaban afirmando la verdad revelada, el filósofo moderno, dudando. La duda cartesiana, previa y absoluta, es una ficción, Descartes mismo nos lo dice; es un mero artificio, un medio para llegar al fin que se proponía; no es una duda seria ni verdadera, ni él la tomó en ese sentido; de la libertad de pensar que en ella proclama no hizo tampoco uso frecuente.

Descartes no sospechó las consecuencias incalculables de su duda porque él se proponía crear y lo que hizo fué una obra colosal de demolición. Proclama en ella la libertad de la razón humana, librándola para siempre del yugo que la sujetaba; fué ella un golpe formidable contra los poderes religiosos, temporales y científicos; el gérmen de una revolución

transcendental; la inauguración de una nueva sociedad, de una nueva época; la liberación del pensamiento, del ideal; el cierre definitivo del dominio pontificio. Todo lo destruyó, todo lo arrasó y para reconstruirlo, trazó Descartes las reglas de su duda metódica, acompañadas de preceptos prácticos a que debía ajustarse toda conducta; no escapaba a su perspicacia que es necesario afirmar algo en el terreno de la práctica de lo contrario caeríamos en la duda universal haciendo imposible la vida. Su duda, era por lo tanto provisional como su moral; no intentó el filósofo francés, como Kaut, levantar con su Razón Práctica lo que destruyó con la Crítica de la Razón Pura. Las cuatro reglas fundamentales del método cartesiano son una fuerza renovadora y regeneradora que pueden aún servir de guía al entendimiento humano a pesar de haber sido destruido todo el sistema del ilustre filósofo moderno. Dicen así: 1.^a) “No aceptar ninguna cosa como verdadera, sin conocer evidentemente que lo es, evitando con sumo cuidado toda precipitación y prevención y no comprendiendo en el juicio nada que no se presente al espíritu tan clara y distintamente que no pueda dar el menor motivo de duda”.

2.^a) “Dividir cada dificultad en todas las partes que sean posibles y necesarias para comprenderla”.

3.^a). “Dirigir ordenadamente el pensamiento, comenzando por los objetos más simples y fáciles de conocer y remontarse poco a poco y gradualmente hasta el conocimiento de los más compuestos, suponiendo, además, un orden entre los que no se suceden entre sí naturalmente”.

4.^a) Hacer en todas las cosas enumeraciones tan completas y revistas tan generales que nada quede en ellas por conocer”.

El sentido crítico y racionalista está expuesto en la primera regla del método que escribe el filósofo y hace digno al que la proclamó por primera vez, dice Cousin, ser apellidado libertador de la razón humana. El racionalismo moderno está incubado en esa regla sencilla que desgrilla la razón, la libertad, la vida y el sentimiento amedrentados. Su trascendencia es tal, que por faltar a ella se perdió Descartes, se extraviaron sus predecesores y se extraviarán todos los que la violen. La regla 2.^a reclama la necesidad del método analítico, la 3.^a del

sintético y la 4.^a proclama el cultivo de la razón y la indagación de la verdad, ajustándose a las reglas anteriores. Estas reglas completan la obra de Descartes. La crítica que a ellas corresponde ocupa muchos páginas.

La duda cartesiana produjo una invasión en los espíritus que emancipó la razón encadenada a lo divino. El tratado teológico político de Espinosa fué consecuencia directa del fingido escepticismo cartesiano, y esa obra se manifestaba como representante del racionalismo exegético, o sea, el más irreconciliable enemigo de la revelación. La duda revolucionó las ciencias, la moral y la religión; invadió todos los antros y al poco tiempo ya nadie rechazó la conveniencia de suspender el juicio sobre los cosas oscuras o que no son distintamente conocidas. Después de haber puesto en duda las verdades más claras, Descartes suprime el mundo exterior, el universo y el propio cuerpo. Después de haber eliminado todo, llegando a la abstracción suprema, encuentra que hay algo sobre lo que no puede dudar y formula su célebre principio: *cogito ergo sum*.

EL PRINCIPIO: YO PIENSO, LUEGO EXISTO

Necesitaba Descartes, como Arquímedes, un punto para apuntalar la ciencia que vagaba en el vacío de los sistemas anteriores; hacia él iba, lo necesitaba fijo y evidente para poder seguir sus indagaciones con paso firme y seguro. ¡Y lo encuentra! Al poner en duda todo lo que otros hombres pensaron, todo lo que él pensó, todo lo que podía pensar, todo lo que existe sin ser pensado encontró que había algo que se oponía irresistiblemente a la duda. El mismo nos lo dice: "Pero luego advertí que mientras quería pensar que todo era falso, era necesario que yo que lo pensaba fuese alguna cosa; y notando que esta verdad: yo pienso, luego soy, era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no eran capaces de conmoverla, juzgué que sin escrúpulo que podía recibirla por el primer principio de filosofía" (Discurso sobre el Método).

El principio de Descartes ha sido discutido y negado por

muchos filósofos. Algunos han creído encontrar un entimema, objetando que del pensamiento no podía inferirse la existencia, pues tendría que reconocerse la proposición: "lo que piensa existe" como fundamental. Otros han dialogado en la siguiente forma:

"¿Como sabéis que lo que piensa existe?"

Porque nada puede pensar sin existir.

Y ésto, ¿cómo lo sabéis?

Porque lo que no existe no obra.

Y ésto, ¿cómo se sabe?

Suponiendo que de todo se duda, que nada se sabe, no se pueden saber estos principios: de otra suerte faltamos a la suposición de la duda universal y por consiguiente nos salimos de la cuestión. Si alguno de estos principios se ha de admitir sin prueba, tanto valia desde luego admitir la existencia propia y ahorrarse el trabajo de probarla con un entimema".

Unos terceros lo han considerado como un silogismo abreviado y muchos como una intuición de conciencia. La forma en que Descartes enunció su principio es la que ha extraviado a muchos comentadores o críticos, aunque ya el mismo autor lo había aclarado "Cuando conocemos que somos una cosa que piensa, dice, esta noción no está sacada de ningún silogismo y cuando uno dice: yo pienso; luego soy o existo, no infiere del pensamiento la existencia, como por la fuerza de un silogismo, sino como una cosa conocida por sí misma, la ve por una simple inspección del espíritu, pues que si la dedujera de un silogismo habría necesitado de antemano conocer esta mayor: todo lo que piensa es o existe. Por el contrario, esta proposición se la manifiesta su propio sentimiento de que no puede suceder que piense sin existir. Éste es el carácter propio de nuestro espíritu de formar proposiciones generales con el conocimiento de las particulares (Respuesta a las objeciones recogidas por el P. Marsenne).

El principio cartesiano no es un entimema sino la afirmación de un hecho evidente de conciencia que ésta intuitivamente conoce. La génesis psicológica del principio desconocida por el autor, lo llevó a establecer la separación abstracta del sujeto, considerando posible la existencia del primero sin el segundo

y pudiendo llegar con aquel a conocer éste, sin que entre los dos medie relación alguna que imposibilite la existencia de ambos. Descartes cayó en el intelectualismo porque se colocó en un estado de conciencia abstracta, en el talmud del pensamiento puro y desde ese encierro incorpóreo llegó a su anhelado fin; solo vió en la abstracción del *yo*, el ser que piensa, como separado del ser que se mueve, respira y nutre; asignaba a la palabra pensamiento una acepción dilatada. "Por la palabra pensar, dice, entiendo todo aquello que se hace en nosotros, de tal suerte que lo percibimos directamente por nosotros mismos, así es que aquí el pensamiento no solo significa entender, querer, imaginar, sino también sentir" (Principios de Filosofía).

No solo del pensar pudo deducir Descartes que existía, puesto que hay muchos hechos de conciencia tan evidentes como ese; el haber elegido el pensamiento no probaba que éste fuera o constituyera la esencia del ser. Confunde las consecuencias de un razonamiento lógico con la realidad; sin duda influía en su juicio, al inferir el ser de la idea, el espíritu matemático que lo animaba.

No obstante el carácter abstracto del principio, su enunciación hace retornar la filosofía a la conciencia, sustituyendo el dogmatismo ontológico con el criticismo subjetivo. "Hasta la época de Bacon y Descartes, la filosofía era un ontologismo apriorista, una construcción arbitraria de la realidad". El mérito del filósofo francés está en la inauguración de un período crítico partiendo de la conciencia para llegar a la realidad. La evidencia del principio no puede negarse aunque la forma que lo enuncia sea algo deficiente; lógicamente había sido encontrado y podía servir de base firme a la ciencia. Todos los filósofos anteriores habían construído sus sistemas valiéndose de hipótesis extravagantes muchas veces, de modo que el célebre *yo pienso; luego soy*, significa un avance poderoso en las construcciones filosóficas; además, despierta en los espíritus la curiosidad psicológica y bajo este concepto es fecundo porque da nacimiento a gran cantidad de psicólogos, aunque de sistemas abstractos o introspectivos debido a que el espí-

ritualismo dualista del maestro no da una idea exacta de la ciencia de los fenómenos psíquicos.

El afán de Descartes se ha colmado: es dueño del método y del principio necesario, indispensable y fundamental que buscaba; conseguido lo cual, se prepara con sus poderosas herramientas a construir, y extiende la fuerza de su sistema del siguiente modo: "Después de esto, dice, consideraré en general lo que se necesita para que una proposición sea verdadera y cierta, porque ya que yo acababa de encontrar una que tenía dicho carácter pensé que debía saber también en que consiste esta certeza; y habiendo notado que en la proposición *yo pienso, luego soy*, no hay nada que me asegure que yo digo la verdad, sino que veo muy claramente que para pensar es preciso ser, juzgué que podría tomar por regla general que las cosas concebidas con mucha claridad y distinción, son todas verdaderas, pero que sólo hay alguna dificultad en notar cuales son las que concebimos distintamente" (Discurso sobre el método).

Para fundar la legitimidad del criterio de evidencia, necesario después de las anteriores conclusiones, Descartes necesita recurrir a algo y concluye diciendo: ese algo es Dios que no ha podido querer engañarnos. Aquí se derrumba, aquí se extravía, aquí da vuelta como perdido alrededor de un círculo; aquí es él quién primero quebranta la regla primera de su método y por eso se pierde irremisiblemente. La influencia religiosa recibida en su juventud en el convento de los jesuitas, reaparece ejerciendo su obra nefasta. El dualismo que abriera Anaxágoras, en forma más completa es renovada por Descartes para preparar su propia ruina pensando que creaba. Del conocer deduce el sér, pero reviste a éste de los caracteres antropomorfos del Dios cristiano y con el mismo lo confunde y lo identifica.

LA EXISTENCIA DE DIOS

Poseedor del método y del principio, Descartes se lanza a edificar su obra. El criterio de las proposiciones claras y distintas no le es suficiente para afianzarse totalmente y en las Meditaciones lo sustituye por la veracidad de Dios. Reconoce

que el criterio de evidencia es puramente subjetivo y que nada nos asegura de la realidad objetiva pensada, puesto que una proposición falsa puede ser tan clara y distinta como una verdadera y una verdadera tan oscura como una falsa. La claridad de una proposición no significa la realidad del objeto tal como es enunciado, ni tampoco la completa conformidad entre lo significativo y lo significado, entre la idea y la cosa. Por nítida que sea una idea, siempre quedará en la conciencia la duda de si lo que se conoce, se ve o se toca es tal como aparece ante nuestro espíritu.

Hay, pues, entre el ser y la idea un abismo para Descartes, quien, deseando justificar el fundamento objetivo de la evidencia con algo más firme que la simple relación de objeto a sujeto, llega hasta Dios. Parece que su propósito era preconcebido, y preocupado en él, olvidó su propio método; no se detuvo a indagar, encerró su pensamiento en un círculo sin salida, se olvidó de la crítica y alucinado por falsos razonamientos cayó en un sinnúmero de errores. De su clásico principio, sin detenerse a meditar sobre el propio espíritu y el mundo exterior, se va derecho a demostrar la existencia de Dios como si fuera lo primordial y lo único para sostenerse. En las Meditaciones Metafísicas parece volverse más escéptico y no bastándole las nociones claras y distintas apela a la infalibilidad de Dios para estar seguro de las verdades matemáticas. Las demostraciones que desarrolla son de dos clases: inductivas unas, deductivas otras; se encuentran en el Discurso sobre el Método y en la Meditaciones Metafísicas con pequeñas variantes, siendo idénticas en el fondo. Las pruebas inductivas las basa Descartes, en la idea de lo infinito y lo perfecto y son las que siguen:

1ª) "Si soy imperfecto y contingente, y sin embargo tengo la idea de perfección, tengo necesariamente que depender de una causa extraña a mi mismo, porque si no fuera así, al darme yo mismo la existencia, me hubiera dado todas las perfecciones de que no tengo idea. Pero no me las he dado, lejos de esto, estoy lleno de imperfecciones y de límites; luego no soy causa de mi mismo, sino efecto de una causa superior. ¿Cual será esa causa? Necesariamente el ser perfecto, porque acerca

de cualquier otro que no lo fuera, cabría la misma cuestión formulada anteriormente. Solo el ser perfecto se basta a sí mismo, y de nadie depende; luego si yo, que tengo la idea de lo perfecto, existo, la causa no puede ser otra que el ser perfecto, esto es, Dios”.

2ª) “Yo tengo idea de lo perfecto y lo infinito, esta idea no puede proceder de mi, que soy imperfecto y finito, ni de otros hombres, ni de la nada, porque ni en ellos ni en ésta hay perfección ni infinidad; además esta idea debe proceder de una causa que posea objetiva y eminentemente toda la realidad que en aquella se encuentra representada; luego la causa de lo infinito y perfecto debe hallarse en un ser infinito y perfecto, esto es, en Dios; luego si yo tengo idea de lo perfecto y lo infinito, existe Dios.”

La prueba deductiva conocida con el nombre de argumento de San Anselmo, fué renovada por Descartes con pequeñas variantes. La prueba de San Anselmo es esta: “Dios es lo más perfecto que se puede pensar: lo mejor que se puede pensar no está en el *solo entendimiento*, pues en tal caso se podría pensar una cosa más perfecta, esto es, la que existiese en la realidad. Así resultaría pensada una cosa que no tiene mejor, y que al mismo tiempo lo tiene; esto es imposible. Luego lo más perfecto que se puede pensar existe en el entendimiento y en la realidad” Este pensamiento contribuyó a la celebridad de Descartes, quién lo disimuló en la siguiente forma: “Todo lo que se concibe como necesariamente contenido en la idea de una cosa, debe afirmarse de esta cosa, es así que en la idea de la perfección se incluye la existencia, porque el no existir implica imperfección; luego si Dios es el sér perfecto, necesariamente existe, porque si no existiera no sería perfecto”.

La relación entre objeto y sujeto es hallada por Descartes recurriendo a la veracidad de Dios. Para llegar a Dios se apoya en los principios cuya evidencia no emana de ningún sér, puesto que hasta el momento de iniciar sus raciocinios, ninguno conoce: luego la evidencia de las proposiciones que afirman deben bastarle para afirmar la verdad. Si dicha evidencia es suficiente, no necesita de Dios; si no es suficiente, caemos en el círculo vicioso porque Dios se prueba fundándose en esas

mismas proposiciones de cuya veracidad no dudamos. Si Dios es indispensable para conocer la veracidad de toda proposición, y solo a Dios se llega por razonamientos cuya verdad depende de él mismo, la verdad no se puede conocer jamás, porque la inteligencia da vuelta alrededor de sí misma sin salir del pozo en que se ha metido. Si afirmamos que la verdad clara y distinta nos ha sido dada por revelación, volvemos a la escolástica; lo que buscaba Descartes era demostrarla, pero con su razonamiento no lo consigue, y por consiguiente, el problema fundamental de la filosofía queda sin solución. La cosa queda separada del sujeto totalmente; el lazo que los unía era Dios, pero, deshechas las pruebas que de Dios da Descartes, no hay fórmula, no hay criterio que una la idea y el ser; el dualismo es total, el hombre es un ser raro, compuesto de dos seres, lo que es irrisorio; uno, incorpóreo, etéreo, difuso, inextenso, inmaterial, fluido, pensante, inteligente, libre, que necesita de otro para poder actuar; este otro es extenso, material, bruto, esclavo de leyes físicas inmutables, inflexibles y eternas, y aunque es molestado algunas veces por el anterior, es autónomo. El primero es la conciencia, es el *yo* que piensa independiente y abstractamente, sin cuerpo ni mundo; el cuerpo es un otro ser que no sirve para pensar y por consiguiente para sentir, puesto que en la palabra pensamiento, según digimos anteriormente, Descartes significa también sentir. Así, el espiritualismo cartesiano se muestra contrario a la razón, a la experiencia y a la conciencia. El desconocimiento de la Biología, "donde Descartes ha hecho fracasar hasta la misma filosofía", de la psicología experimental y de la ciencia positiva lo hacen llegar a múltiples contradicciones y conceptos ridículos, como la de colocar el alma en la glándula pineal. Con las demostraciones que hace sobre la existencia de Dios, está irremediablemente perdido su sistema, porque como si fuera una combinación del destino, se levanta a principios del siglo XIX en la ciudad de Königsberg la soberana mole de Kant que debía sepultarlo para siempre.

Ya el jesuita Bourdin había manifestado que de la idea al ser no era legítima la consecuencia por cuanto quedaba por resolver el problema fundamental de la filosofía o sea el del

valor objetivo del conocimiento. Si pudiera comprobarse la identidad de la idea con el ser, el sistema cartesiano hubiera colmado la curiosidad humana. Pero ¿tiene valor objetivo el conocimiento? ¿son idénticos el sér y la idea? ¿ést es fiel reflejo de la realidad? ¿no nos engañan nuestros sentidos? ¿las cosas son como las vemos?

Empezando por uno de los términos no podemos obtener nunca la verdad, porque esta es una relación. Descartes empezó por un término: el *yo*, abstracto, inmaterial, inextenso, pero involucraba en él su propia existencia y con ella la identificación de objeto y sujeto que conoce, haciendo posible con esa unidad el único criterio de certeza, absoluto y evidente para nosotros; pero no hizo de su principio el uso que debía.

Las pruebas inductivas sobre la existencia de Dios que da Descartes, son un abuso del principio de causalidad, porque al considerarse finito, busca necesariamente la causa de su limitación, y como la razón de esta no la encuentra en ningún ser finito, tiene que seguir buscando la causa en otra, en una segunda, hasta llegar a la causa primera; pero esta causa que tendría que ser efecto de otra, no lo es, por lo tanto se llega aquí a la negación del conocimiento y se entra en una región de tinieblas.

Descartes deduce su primera y segunda prueba valiéndose de la idea de lo perfecto y lo infinito; esta idea de lo infinito nace del concepto de límite en el orden de la cantidad, y la de lo perfecto en la idea de límite en el concepto de la cualidad.

Lo infinito se puede inducir y encontrarle la equivalencia en el universo considerando a éste como la totalidad del ser, que fué lo que hizo Espinosa, pero de aquí nos resulta llegar hasta Dios, sin declarar que Dios es el mismo universo, en cuyo caso este sería perfecto, porque el ser perfecto que pensamos es una suma parcial de perfecciones elevadas al infinito; pero como la perfección individual es una pura imaginación, puesto que ninguna conocemos, la perfección infinita resultaría también una obstrucción ideal de la razón. El origen de esta idea no supone la existencia de un ser perfecto que la cause, porque ese ser infinito supone una heterogeneidad inconciliable de cualidades, puesto ya hemos dicho que, lo infinito es

la sumación indefinida de lo particular, y lo particular no es perfecto.

A esta argumentación se podría oponer que: el ser perfecto no existe en el mundo, sino fuera de él, y que si es imperfecto el universo, Dios, que es su creador, no lo es; pero si tal cosa se dice, caemos en lo incognoscible, porque si el ser perfecto no tiene nada de común con las perfecciones individuales y limitadas, no podremos formar idea con lo que no tiene ningún parecido a lo que se conoce. Si Dios fuera la suma de las perfecciones finitas elevadas al infinito, no se ve el inconveniente que existe para la mente humana de llegar a esta conclusión ideal obtenida por abstracción, como obtenemos esas otras perfecciones particulares, como la de la Venus de Milo, que no tienen correspondiente en la realidad, ni creemos que puedan tenerlo. De modo que tropezamos con la dificultad inmensa de llegar de la idea al ser, por cuanto no estamos seguros de la identidad de ambos términos.

Hegel hizo lo que no se animó a hacer Descartes y resolvió en esa forma el problema planteado por Kant.

La prueba ontológica deductiva, llamada de San Anselmo, talvez la mejor presentada y más fuerte por sus apariencias objetivas, es artificiosa y fué destruida por Kant como las anteriores con argumentos que jamás se han contestado con otros superiores. El artificio lo encontró Kant, haciendo notar que en dicha prueba se convierte en contradicción real una contradicción lógica y se pasa de un salto de lo posible a lo real. De un ser perfecto se afirma que no existe, al decir: "si Dios no existiera". Luego en ese juicio hay contradicción manifiesta entre sujeto y atributo porque al anunciar esa posibilidad le quitamos al ser perfecto el atributo necesario, que es la perfección. Si se suprime el sujeto, la contradicción desaparece. Destruídas las pruebas que sobre la existencia de Dios da Descartes, se encuentra que su teología es producto de un completo idealismo. El Dios que demuestra el filósofo, es el ideal de perfección que en proceso ascendente forja la inteligencia humana y lucha por sacarle de sí y colocarlo en forma tal que la presida junto con el mundo extramental.

Ya en posesión de Dios, Descartes, faltando a la primera regla de su método, que recomienda evitar la precipitación, se precipita en deducir los atributos y considera a Dios como entidad infinita, indivisa integral y absoluta, omnipotente y eterna; como ego animico, todo uno, omnisciente, espíritu inefable, origen nuclear divino de las nebulosas astrales y de los mundos; sutil, invisible, transformador de toda forma y vida en el ser. Negarlo, es negar la verdad, la realidad y la ciencia, es despreciar la naturaleza y despreciarse a sí mismo.

¡Oh, suprema ilusión! Aquí, cuando más alto cree ascender el ilustre filósofo, es cuando ha caído. Su Dios se confunde con el Dios antropomorfo de los cristianos, con el tradicional Dios de la escolástica que no tiene relación sustancial con el mundo. Según su teoría, todos los seres existen porque Dios así lo quiere; todo lo que hay en el mundo, tanto lo espiritual como lo corporal, desde el microbio al gigante, desde el átomo al universo, está sometido a la tiranía divina que tiene su voluntad ocupada al mismo tiempo y eternamente en todo. Si no hay relación sustancial entre Dios y el mundo, el dualismo es evidente. Dios es un ser, el universo es otro; los dos se limitan: luego ninguno de los dos puede ser infinito. La inteligencia humana puede preguntarse entonces si por encima de estos dos seres no estará el verdadero Dios, en cuyo caso estaríamos al principio de nuestro tema, ante un problema todavía no resuelto. Además del dualismo anteriormente manifestado, la teoría de Descartes encierra los gérmenes del panteísmo desarrollado más tarde por Espinosa.

LA ESENCIA DEL ALMA EN EL PENSAMIENTO

La psicología cartesiana abstracta, cuyo procedimiento metódico había culminado en el yo llevado por el pensamiento, encuentra así una verdad evidente por sí misma, pero deduce una consecuencia falsa: el ser que piensa es una sustancia cuya naturaleza se reduce al pensamiento, quien le da conciencia de su ser.

“Aunque un atributo, dice Descartes, sea suficiente para hacernos conocer la sustancia hay sin embargo en cada una de

ellas uno que constituye su naturaleza y esencia, y del cual dependen todos los demás. La extensión en longitud, latitud y profundidad constituye la esencia de la sustancia corpórea; y el pensamiento constituye la naturaleza de la sustancia que piensa". (Principios de Filosofía). Después de haber establecido la esencia del alma en el pensamiento, Descartes tuvo que aceptar la consecuencia de que el alma no deja nunca de pensar. Hay en la conciencia una multitud de fenómenos que no se reducen solo al pensar; reducir toda la esencia del ser al pensar es proceder abstractamente y en forma puramente intelectual, deduciendo un juicio reflexivo y lógico que solo habla de la conciencia particular que cada hombre tiene de sí pero que no demuestra que dicha conciencia sea solo aquello que le asigna Descartes, puesto que también sabemos perfectamente que existe un mundo sub-consciente, instintivo y reflejo que da idea del ser sin que ello signifique pensar. Descartes afirmaba que podíamos hacer la introspección sin cuerpo, cosa que nos resulta imposible, imposibilidad que está elocuentemente demostrada y puede leerse en cualquier texto moderno de psicología. Al excluir de la conciencia el cuerpo, el filósofo procede abstractamente y con precipitación, pues de lo contrario no habría caído en la contradicción de haber asignado la glándula pineal para asiento del alma y considerarla por lo tanto extensa, después que habló de su inextensión, de su simplicidad y de su pureza. Además esa sustancia investida de semejantes atributos, la pone en movimiento explicando así, las pasiones de los diversos espíritus animales. El error fundamental de Descartes está en que de una distinción ideal deduce una real, en que toma el fenómeno por la sustancia en la cual se realiza y en que hizo uso innecesario de la abstracción. La psicología cartesiana eminentemente dualista, vale más en los detalles que en los fundamentos generales. En el *Tratado de las pasiones* pueden leerse puntos de vista y observaciones curiosas, aunque también teorías inadmisibles como aquella de las *ideas innatas* semejante a la de Platón.

LA ESENCIA DE LOS CUERPOS EN LA EXTENSIÓN

TEORÍA MECANICISTA

Al pensar en los cuerpos, Descartes encuentra que puede suprimirlos mentalmente, pero no así el espacio que ocupaban; las dimensiones de los mismos se nos ofrecen ante nuestra conciencia con una intuición nítida. Inmediatamente saca la consecuencia de que la extensión, imposible de suprimir, constituye la esencia de los cuerpos. El espíritu matemático encarnado en el filósofo influyó en esta parte de su sistema poderosamente, resultando su cosmología un mecanicismo completo. Grabada, ya, la existencia de Dios, ordena el mundo a su completo antojo.

Siendo irreductibles los atributos: extenso, de cuerpo, y pensante, de alma; en ellos funda Descartes la distinción ¿Pero la extensión es la única propiedad constitutiva de los cuerpos? Considerando un cuerpo como objeto y causa de la sensación, todas las cualidades que en él existen: calor, dureza, olor, temperatura, etc., pueden suprimirse pero hay una cosa que no se puede quitar: la unidad del nómeno, causa objetiva y desconocida de la sensación. Este algo que no se puede suprimir ¿es la esencia de los cuerpos? Descartes afirmó que sí; hoy se considera la extensión como una relación del espacio con los cuerpos, relación que varía constantemente, en virtud de infinitud de factores; relación que podría ser más bien la cualidad del espacio, idea abstracta, ésta, que formamos para llenarlo de cosas. La esencia de las cosas, como la del espíritu se nos presenta como incognoscible; sólo podemos hablar de fenómenos y leyes inducidas de estos mismos porque los estados de conciencia, las transformaciones de la materia, las altas elucubraciones del espíritu solo aparecen como tales. Descartes, lo comprendió en forma distinta; creyó haber encontrado el origen y esencia de la sustancia espiritual y corporal, por eso se extravió y todo su sistema quedó sin base firme, hasta que Kant levantó los cimientos de las ciencias que Descartes dejara en el vacío.

Siendo la esencia de la materia, la extensión, forzosamente las ciencias tanto cosmológicas como naturales quedaban bajo el

imperio de un mecanicismo completo y adquirirían el carácter de ciencias exactas. El mundo, al modo cartesiano, podía construirse geométricamente, poniendo la materia en movimiento y en relación con la extensión. Se necesitaba, por lo tanto, un movimiento puro, una materia inerte; pero como ambas cosas pueden ser producto-únicamente de la fantasía el sistema cartesiano huérfano de la *fuerza* indispensable para poner la materia en movimiento, carecía de un atributo necesario, puesto que la materia, según lo estudió Leibnitz, no es más que la fuerza puesta en movimiento y constantemente transformada.

Encontrada la esencia de la materia en la extensión, Descartes concluye que los átomos y el vacío no existen, puesto que el espacio se concibe infinito, el mundo material también, y por consiguiente la materia puede dividirse hasta lo infinito, de cuya infinitud resulta la negación del vacío.

“Sabemos también, dice, que este mundo, o la materia extensa que compone el universo, no tiene límites; porque donde quiera que nos propongamos fingirlos podemos imaginar más allá espacios indefinidamente extensos, que no solo imaginamos, sino que concebimos ser tales en efecto como los imaginamos, de suerte que contienen un cuerpo indefinidamente extenso; porque la idea de extensión que concebimos en todo espacio es la verdadera idea que debemos tener de cuerpo” (Principios de Filosofía).

La cosmología cartesiana, según vamos viendo, obedece a tres factores: Dios, el movimiento y la materia extensa. El origen de los dos últimos es Dios, causa primera del movimiento inicial y ordenador de todo lo existente.

Las leyes del movimiento formuladas por Descartes son:

1.^a “Cada cosa permanece en el estado en que se halla, mientras no la cambia una causa exterior; siendo por lo tanto comunicado todo movimiento”.

2.^a “En el mundo se halla siempre la misma cantidad de movimiento, pues lo que por un lado se pierde se encuentra por otro”.

3.^a “Todo cuerpo que se mueve tiende a continuar su movimiento en línea recta. Pero en el universo, esto es, en la extensión llena, como el vacío no existe, como una parte de la

materia se mueve, es preciso que otra ocupe su lugar inmediatamente; y como esto puede hacerse merced a un movimiento curvilíneo, síguese que siendo las combinaciones de estos movimientos análogos a las ondulaciones o torbellinos del aire o del agua, todo movimiento real es circular u ondulatorio".

Las ideas que sobre estas cosas emitió Descartes, son de gran valor científico y expresan grandes verdades, puesto que hoy es de rigurosa actualidad la teoría del movimiento ondulatorio y de las vibraciones que originan la luz, el calor y el sonido, tanto como el principio del movimiento constante en cantidad invariable. La formación del mundo la explicaba Descartes, por medio de su teoría de los torbellinos, semejante a la de las nebulosas de Laplace. Este sistema mecanicista era hijo de la abstracción y de un deseo vehemente de querer organizar el mundo matemáticamente; sistema que, no obstante sus errores fundamentales viene a levantarse en contra de los viejos prejuicios que todo lo explicaban de una manera misteriosa, empleando formas substanciales y cualidades ocultas. Obligó con él a pensar más científicamente.

EL MECANICISMO ANIMAL

Teoría verdaderamente rara fué la que formuló Descartes al asignar a los animales una forma de vida puramente mecánica. Si nos detenemos a meditar en la causa que obligó al filósofo a llegar a esta conclusión, la encontraremos fácilmente razonando de este modo: En el mundo hay dos cosas fundamentales, según Descartes: cuerpo, y espíritu; pero el espíritu es solo propio del hombre y constituye el pensamiento que es su esencia; en tanto el cuerpo constituye la extensión. El animal carece de espíritu o de alma porque esto es solo atributo del hombre; luego tiene que moverse como la materia cósmica, mecánicamente, al igual que una máquina. ¿Quién dirige este motor? Conociendo el sistema cosmológico de Descartes, máquina infinitamente grande, se puede responder tranquilamente: Dios. Y así efectivamente, respondió Descartes.

La filosofía como la biología cartesiana es un ramo de la física que desconoce las propiedades esenciales de la materia

viva: la inmanencia y la energía. Descartes retrogradó en este punto a la vieja idea de algunos estoicos y del cínico Diógenes que, según refiere Plutarco, habían emitido esa teoría mecánica contradictoria al más escaso sentido común.

CONSECUENCIAS

Descartes debe ser juzgado desde dos puntos de vista: como como filósofo, y como hombre de ciencia. En este último sentido prestó mayor beneficio a la humanidad. Como filósofo, fué el primer maestro del idealismo moderno, cuyos discípulos fueron: Espinosa, Malebranche, Bossuet y Fenelón. Siguiendo sus teorías se fundó un sistema hipotético que se le dió el nombre de filosofía cartesiana.

Las consecuencias de las doctrinas de Descartes fueron:

1.º La inauguración de la filosofía moderna, separando esta rama del conocimiento de la teología, con lo que se dá fin a la escolástica.

2.º La proclamación del derecho al *libre examen*, la libertad de conciencia y de trabajo.

3.º Un idealismo a veces dogmático, otras panteista y en ocasiones místico.

4.º Un dualismo completo que divide el mundo en material y espiritual, con el que se deja sin base la ciencia, renovando así, el error más funesto que la inteligencia conoce.

5.) Un mecanicismo cosmológico y animal, con algunas apreciaciones exactas en sus detalles pero sin ningún valor general.

6.º La exposición de una moral estoica basada en la virtud y cuyo soberano bien lo encuentra dentro de sí la propia conciencia.

7.º El desarrollo de una estética merecedora de elogio, con marcados tintes positivistas.

J. Correa Yonzón.